

vador destinaba para retiro de los suyos, y donde queria que descansasen de las fatigas de su mision, para que después fuese mas celebrado por el grande número de milagros que en él obró. La estacion era cómoda y bellissima, pues solamente distaba cuatro dias la fiesta de la Pascua que se celebraba, el lunes dia décimoquinto del primer mes.

El Crisóstomo dice [1]: Que se marchó al desierto para enseñarnos á huir del tumulto y descansar en la soledad de las turbaciones que él consigo trae. Se marchó al desierto y huyó la tiranía de Herodes, no temiendo la muerte, sino porque aun no habia llegado la hora de su pasion; y para ahorrar á sus enemigos que al homicidio de Juan uniesen otro homicidio mayor, y sobre todo, para dar á conocer á los prelados y ministros de su Iglesia que tambien le es lícito ceder alguna vez y huir en tiempo de persecuciones para conservarse cuando conviene á la salud de muchos. Y se marchó en fin para probar la fe de otros, á ver si le seguian con tanta resolucion y ánimo cuando le veian perseguido como cuando le advertian buscado, aplaudido y celebrado de todos los príncipes y centuriones, cuyos hijos resucitaba y sanaba, y á cuyos criados daba asimismo la salud.

Con esta huida nos dió ejemplo de dos grandes virtudes, á saber, de la prudencia y de la fortaleza. Retirábase habiendo tenido antes la precaucion de llamar á su lado á sus apóstoles y discípulos, para que cuando nos viésemos en el caso de huir el cuerpo á los que nos persiguen, no lo hiciésemos sin avisar por lo menos á los justos que podrian quedar expuestos, retirándoles del peligro en cuanto esté de nuestra parte; y de fortaleza, para que todos entiendan que deben aventurarse á los trabajos que en sí misma trae la defensa de la causa de Dios; y para demostrarnos que le siguieron otras muchas personas, nos dicen los Evangelistas: Que á pesar de la persecucion y de las penalidades del viaje, les siguieron las turbas, esto es, los sencillos, los humildes, los pobres, no los vanidosos y soberbios; porque la prudencia y la sabiduría de la carne son enemigas de Dios, y los unos y los otros se avergonzaban de seguir á Je-

CAPITULO XVII.

MULTIPLICA JESUS CON SU BENDICION LOS CINCO PANES Y DOS PECES, Y SACIA CINCO MIL HOMBRES EN EL DESIERTO.

Si Jesús hubiese podido ignorar lo que pasaba en la casa de Herodes, podriamos decir que al llegar á sus oidos la noticia de la muerte del Bautista se habia llenado de miedo y se apresuraba á salir de aquella tierra que creia serle fatal: tales eran las medidas que tomaba el Salvador para interrumpir la continuacion de sus trabajos y salirse algunos dias á la soledad para respirar con sus amigos escogidos y tomarse al parecer algun descanso; pero miserablemente se engaña y pierde la sabiduría de los hombres cuando por sus propias luces quiere examinar las resoluciones de Dios.

Tenian sus apóstoles la orden de tenerle pronta una de sus barcas, embarcáronse con él, pasaron felizmente al otro lado del mar de Tiberiades, y llegaron á las márgenes de una gran llanura rodeada de las faldas de los montes, dependiente de Bethsaida. Estaba esta plaza situada al oriente de Cafarnaum y al mediodía de Tiberiades, extendiéndose á lo largo por la parte de Galilea, á alguna distancia de la antigua Paneas, que se llamaba Cesárea de Filippo desde que el tetrarca de este nombre la reedificó y dió á los Césares en prenda y seguridad de su dependencia. Este era el sitio que el Sal-

[1] Div. Crisostom. Hom. 41 in Joann.

sucristo, pobre y perseguido. Seguíanle aquellos á pié para manifestar no solo el ardor de su corazón, sino el vehemente deseo de conseguir la salud espiritual de su alma, nutriéndola con las doctrinas santas y sublimes ejemplos de Jesús; porque todas sus palabras y obras eran la doctrina viva y eficaz que penetraba hasta el alma, y la ilustraba y fortalecía. Los menores le seguían, los mayores le perseguían; porque los pobres siempre siguen á los pobres, y los ricos se desdennan de seguir el espíritu de la pobreza y humildad.

Una cosa hay empero muy digna de reparo y que descuella al parecer y sobresale sobre todas las demás, y es que aunque el Salvador quería hacer este viaje como de incógnito y oculto, no se escondió á las turbas, los que lo vieron y divulgaron, y salían al instante los pueblos, y corrían detrás de aquel que se llevaba consigo todos los corazones. Este poder tiene la fragancia de la santidad; este buen olor hace que corran las gentes en pos de Cristo, y llegando á aquel desierto lo encontraron tan poblado cual si hubiera sido una opulenta ciudad. Habíase sabido en Cafarnaüm que se alojaba el Señor y el paraje que había elegido para su retiro; le habían visto ir á la mar con sus discípulos, y desesperanzados de poderle detener, resolvieron ir á alcanzarle. En pocas horas se divulgó el rumor de su partida, y hombres, mujeres y niños salieron en tropas á seguirle. No pudo tanta gente encontrar naves que los trasportara, y tomando el camino por tierra fueron á pasar el Jordan por la parte del lago de Genasar, y se hallaron en los llanos de Bethsaida antes que llegase á ellos la barca que conducía al Salvador. ¡Qué vuelta! ¡qué camino! ¡qué dificultades no superaron en poco tiempo y vencieron aquellas buenas gentes para seguir á Jesús! Veían con admiración las varavillas que todos los días obraba, y no esperaban sino cosas grandes de un hombre que hacia todo cuanto podía esperarse de un Dios. Esto era lo que les llevaba tan fuertemente á él, que no hubo aldea en toda aquella comarca de donde no saliese un gran número de habitantes, á quienes el deseo de oír hablar á Jesús obligaba á este, camino que hicieron por tierra mas presto que por el mar.

Antes de contemplar la sorpresa de los apóstoles al verse rodeados de tanta gente, á la que una santa impaciencia parece había he-

cho volar para seguirlos y juntarse con ellos cuando menos lo esperaban, es preciso advertir el motivo que tuvo el Salvador para no ir á la solemnidad de Jerusalem. Hacia muy poco tiempo que su Majestad había estado allá, y había observado que las disposiciones de los fariseos y escribas siempre eran las mismas hácia su persona. Juzgó pues que no convenia volver á ella tan presto, no obstante que había de predicar allí aun mas de una vez antes de padecer la muerte; porque estaba resuelto á no celebrar allí otra Pascua, sino es aquella en que él mismo había de ser la víctima. La celebración de esta fiesta no era de precisa obligación sino para los habitantes de la capital y sus contornos que tenían á una distancia proporcionada la casa de Dios, fuera de la cual no debían practicarse los ejercicios públicos del culto exterior que se acompañaban de ceremonias y sacrificios: por cuya razon los apóstoles, que no se apartaban del lado de su Maestro sin una órden expresa suya, se creyeron dispensados tambien de concurrir á ella; y como solo pensaban en descansar en la soledad, fué mayor para ellos y algun tanto ingrata la sorpresa de verse rodeados de tanta gente, á la que una santa impaciencia había hecho volar para seguirlos y juntarse con ellos cuando menos lo esperaban.

No desagradó tanto al Maestro como á los discípulos ver la inmensa multitud que lo esperaba: su corazón se llenó de complacencia y las turbas lo recibieron con grandes demostraciones de alegría. Todos se olvidaron de sus trabajos, y les parecieron nada en comparación del bien grande que se prometían de su presencia. Los caminantes no dejaban de estar fatigados con exceso. El Salvador los miró tiernamente compasivo como fieles ovejas que corren en busca de su Pastor, de quien se juzgan abandonadas. Dióles su Majestad tiempo para que descansasen algo, y después de asegurarles que volveria presto, se subió á un monte en donde hizo sentar junto á sí á sus discípulos, hizoles observar aquella inmensa multitud, que aunque poco ilustrada sobre su verdadera grandeza, con todo, estaba tan adicta á seguirle, porque veían los frecuentes milagros que obraba en beneficio y favor de todos los que imploraban su misericordia.

El monte donde sube Jesucristo es símbolo de la perfección evan-

gética, á donde nos conduce subiendo delante de nosotros para in-
fundirnos ánimo con su ejemplo. Dichoso el que permanece unido
siempre con Cristo, pues á donde va el Señor irá también él: no su-
birá sino hácia la perfeccion y por los pasos de la oracion; no baja-
rá sino al valle de la compuncion con espíritu de humildad. Propio
es de los discípulos del Salvador elevarse sobre los afectos de la
tierra para escuchar sentados, esto es, con ánimo sosegado y pa-
cífico las verdades del cielo. Mas no ocultándose á Jesús la santa
impaciencia con que las turbas lo esperaban para satisfacer su de-
seo, bajó al llano y les habló con un semblante que manifestaba bien
la tierna aficion que les tenía. Segun su costumbre, procuró lo pri-
mero darles el mantenimiento espiritual, proponiéndoles las máxi-
mas de una alta perfeccion, sembrando en sus corazones las prime-
ras semillas del cristianismo, que acostumbraba á llamar el reino
de Dios.

Ni en lo alto del monte con sus discípulos, ni en la llanura con
las turbas estaba el Señor ocioso ó descuidado, sino que hablaba con
los unos y los otros con toda diligencia y cariño para hacerlos mas
solicitos y devotos [1]. Cuatro beneficios hizo el Señor á los que
le seguian: recibió á los fatigados, instruyó á los ignorantes, sanó á
los enfermos, sació á los hambrientos, manifestando con esto cuán-
to le place y alegra la afectuosa devocion de los que en él creen, y
estos indican otros cuatro beneficios que el Señor hace espiritua-
lmente á las que le siguen. Recibe á la penitencia á los fatigados
con las obras de los pecados. Hustra con la gracia todos los que tie-
nen el entendimiento ciego por la culpa. Sana con la justificacion
los que están llagados y heridos con la venenosa flecha de los vi-
cios. Y alimenta y fortalece con los consuelos interiores todos los
que están debilitados y oprimidos con el peso de sus iniquidades.
Los que buscan á Cristo en la soledad y le siguen por el desierto,
no se cansan y son bien recibidos de él, y curados corporal y espiri-
tualmente si lo necesitan. Pero nadie come el manjar de Cristo si
antes no está sano: solo después de la remision de los pecados se da
á los fieles el manjar celestial.

[1] Div. Crisostom. Hom. 41 in Joann.

A las santas instrucciones de Jesús, llenas de uncion y de gracia,
con las que se sanaban las dolencias espirituales de las almas, se-
guíanse ordinariamente las curaciones milagrosas de los cuerpos:
entre la multitud se halló un gran número que en medio de su fla-
queza había venido de muy lejos; los distinguió su Majestad, hizo
que se acercasen á él y los sanó á todos. ¡Qué documento tan bello!
Así deben obrar todos los hombres constituidos en autoridad,
y mas particularmente los prelados eclesiásticos: deben recibir á sus
súbditos con dulzura, y con mayor benignidad á los que despeñán-
dose del monte de la santidad al barranco del vicio, y abandonando
la dulce y amigable conversacion de Cristo por atender á los vanos
y torpes razonamientos del mundo vuelven desengañados y arre-
pentidos á oír la voz del Pastor que un tiempo desestimaron. De-
ben enseñarlos con paciencia y sabiduría, sanarlos con eficacia y
reforzarlos con el pan de la doctrina sana. Por esto dice el Evan-
gelio que levantó los ojos, no solo para dar á conocer su modestia,
sino para significar las miradas de un buen Pastor que atiende al
remedio de sus ovejas, y se anticipa á sus suspiros y á sus lágrimas.
¡Qué bienes no esperará el rebaño que con tan buenos ojos es mira-
do del buen Pastor. ¡Oh, cuán al revés de la Sinagoga miraba el
Salvador á los pequeñuelos y pobres! Pero es de notar que en aque-
lla soberbia asamblea no había sino fariseos, doctores y sacerdotes,
mas no pastores. No eran aquellos ministros siervos de Dios, sino
del mundo; ordenaban la doctrina y autoridad á su propia honra y
no á la salud ajena: por esto no merecen el nombre de pastores los
que engreídos con su dignidad pasan su vida en ocio, se desean
de mirar á los humildes, desprecian é insultan con orgullo á los que
se deslizaron; y si alguna vez trabajan es en asuntos muy ajenos de
su vocacion, consultando solo con medros é intereses en estos y en
los demás propios de su ministerio.

Es tan entretenido como dulce el ejercicio de la caridad, y las he-
ras y los días se pasan sin sentir al hombre caritativo, así como al
devoto se le pasan también sin advertirlo cuando está ocupado en
los ejercicios de piedad y devocion. Como Jesús era todo caridad,
y todo su deseo se dirigía á procurar la salud de las almas, alarga-
ba ordinariamente sus pláticas hasta la caída del sol, siendo tan

grande la suavidad y dulzura de sus trabajos, que como que se enagenaban las turbas, no sintiendo desfallecimiento ni desmayo aun- que en todo el día no probasen ni un solo bocado. Así se hace fácil el creer cómo estando tan cercana la noche no pensaban las turbas en comer, ni en que se hallaban en el desierto, ni en que no tenían provisiones, ni en que era ya la hora de retirarse. Los apóstoles empero pensaron con mucha sinceridad que ocupado el divino Maestro como solia en la salud de las almas, en la cura de los cuerpos y en el consuelo de los afligidos, olvidando sus propias necesidades se olvidaba también de las de los otros; y le rogaron que enviase el pueblo á los lugares y aldeas vecinas para que buscase qué comer y donde alojarse aquella noche. Significáronle que todos tenían necesidad de tomar algun sustento, que habia pasado ya la hora ordinaria y que era imposible hallar viveros en un desierto como aquel en que estaban. La caridad de Jesús, aunque mas silenciosa y sosegada, no era menor que las de sus discípulos; sin embargo, no conservaba oculto su grandioso y admirable designio hasta que viniese el momento de ejecutarlo.

La indicacion de los apóstoles hecha con tanta oportunidad obligó en cierto modo al Salvador á que levantase otra vez los ojos para contemplar de nuevo aquella multitud inmensa de que estaba cubierta la campiña; y contempló con ánimo inalterable tantos hombres, mujeres y niños, cuyos semblantes sonrosados por el ardor de su pecho, lejos de manifestar necesidad ó desfallecimiento, no indicaban sino contento y alegría; y fijando después como con cierta especie de inquietud sus ojos sobre los apóstoles, parecia que con su mirar expresivo queria decirles: Conozco mejor que vosotros que han de menester alimento, y no se me esconde que ya es tarde; ¿pero qué necesidad hay de que se vayan? ¿No será mejor que vosotros les deis de comer? Arduo y embarazoso seria para los apóstoles este empeño de Jesús, no comprendiendo cómo podia verificarse lo que acababa de decirles. Dirigió su Majestad la vista y la voz á un mismo tiempo á Felipe, que entre todos ellos debia ser el que tuviese mas conocimiento del país, no solo por ser natural de Betsaida, lo mismo que Pedro y Andrés, sino es también porque siempre habia vivido allí hasta su última vocacion, y le dijo: Y bien,

Felipe, ¿dónde hallaremos pan para dar de comer á esta pobre gente? El Señor queria con esto probar la fe de su apóstol y obligarle á que manifestase en público el concepto que de su poder habia formado.

Indudablemente lo habian formado todos el mas grande y elevado; pero por mas acostumbrados que estuviesen á verle obrar maravillas inauditas, no les ocurriese la idea de que pensase el Salvador obrar una de las mayores que hasta allí le habian visto hacer. Así pues le respondió como admirado Felipe: ¡Ah, Señor! ¿pan para tanta gente? Aunque se empleen en esto doscientos dineros ó *denarios* [1], apenas tocará un pedazo pequeño á cada uno. Todos los apóstoles apoyaron la respuesta de su colega; mas el Señor insistia siempre en que no podia resolverse á despedir tanta gente en ayunas, y queria que se hallase medio para socorrerlos; á lo que replicaron los apóstoles: Pues es preciso váyamos á recoger el pan del contorno y empleemos en él la expresada suma [2].

Son demasiado sublimes los documentos que nos da el Salvador en esta ocasion para que los dejemos pasar como desapercibidos. No ve afrenta la Sabiduría increada de pedir á sus discípulos un consejo de que no tenia necesidad. ¿Quién dirá que el preguntar es siempre argumento de ignorancia, ó que cede en descrédito de la persona dar muestras de que uno no sabe tanto como otro, ó que se puede seguir algun daño á la Iglesia de que revestidos sus ministros de aquella simplicidad y prudencia que tanto el Salvador les encarga, quieran mejor parecer humildes por la ignorancia, que orgullosos é hinchados por la ciencia vana? Mírense en esta humildad de Jesús los que tienen necesidad de consejo ó de doctrina, y no teman consultar en las cosas dudosas y preguntar siempre que les sea necesario. Faltos los hombres de consejo, particularmente en la juventud, y avergonzándose de pedirlo, se quedan con la ignorancia y no pueden aprovecharse de la experiencia. La primera regla de la prudencia es preguntar lo que se ignora [3], porque el ignorante

[1] El denario era una moneda romana que valia en aquel tiempo cinco dracmas de plata.

[2] Marcos, cap. 6, v. 37.

[3] Div. Hilar. in Ps. 118.

oyendo se hace sabio, y el que ya lo es alcanza nueva sabiduría. Muchos se ven confundidos y se pierden no solo en sus negocios temporales, sino tambien en los eternos, por haber procedido sin consejo; porque escrito está: Hijo, nada hagas sin pedir antes consejo, y después de haberlo hecho no te verás arrepentido [1].

Probaba el Salvador la fe de los apóstoles con su aparente ignorancia, porque como infinitamente sabio, no se dirigen sus pruebas á entibiar ó debilitar nuestra fe, sino á tenerla en continuo ejercicio para darla nuevo brillo y aumento y ponernos en estado de merecer mejor sus misericordias; por esto quiso probarla una y otra vez á fin de que llegado el caso conociese mejor la riqueza y la omnipotencia de Cristo, y nunca desconfiase por grande que fuese su pobreza ni la de todos aquellos que se dedicaban á seguirle. Dudar de la Providencia es incredulidad, murmurar de ella es ingratitud, y desconfiar timidez y pusilanimidad. En estas miserias caen los atribulados cuando no los alienta y sostiene la fe. Todo el ánimo nos lo arrebatara la tribulacion cuando no tenemos viva fe en aquel de quien nos viene todo el consuelo. En viéndonos pobres, perseguidos, olvidados ó aborrecidos del mundo y de nuestros allegados y amigos, ya nos parece que todo es perdido. ¿Dónde está entonces nuestra fe? Y aunque todo nos falte, ¿por ventura nos falta ni nos faltará jamás nuestro Dios? ¿No nos tiene mandado que siempre y en todo trance esperemos en él? Nada puede faltar al que tiene á Cristo, y mucho menos al que todo lo deja por seguir á Cristo; por esto queria que los apóstoles se asegurasen por todos los caminos ó medios de la certeza y grandeza del prodigio que iba á obrar.

Hubieran, no hay duda, marchado á la ciudad á comprar víveres para alimentar las turbas vista la resolucion del Maestro, si este no les hubiese detenido con una pregunta que vino á turbarles mas y á ponerlos en un nuevo conflicto. Examinad, les dijo, qué pan ó qué provisiones tenéis. Que fue la misma que decirles: Para que veais cuán distintos son mis pensamientos de los vuestros, y os convenzais de que no tenéis bien formado todavía vuestro corazon y espíritu, y que mi ánimo es socorrer á estos infelices sin dilaciones

[1] Eccli, cap. 23, v. 24.

ni tardanzas, y sin salir del desierto, sabed bien lo que hay que comer. Cinco panes de cebada y dos peces es toda la provision que trae un muchacho que nos sigue, dijo Andrés, hermano de Pedro; ¿pero de qué sirve esto, Señor, para tantos? Buen ánimo, esto basta quiso decirles Jesús, cuando informado de la existencia les dijo al instante: Pues bien, disponed que se sienten los hombres. ¿Qué pobreza la de los apóstoles! y sin embargo, ¡qué liberalidad! Se ofrecen á socorrer á otros con lo que al parecer no les alcanza para sí [1]. Doce son, y tan solo llevan cinco panes y dos peces: despreciables les eran las cosas corporales porque estaban poseidos de las espirituales. Convenia que fuésemos instruidos con el ejemplo de los discípulos, para que aprendiésemos á repartir entre los necesitados aun lo poco que tengamos. Era la llanura del desierto un hermoso valle cubierto de yerba y de heno verde, y mandó el Señor á los apóstoles que distribuyesen las turbas en *brigadas* ó *turmas* de ciento en ciento y de cincuenta en cincuenta, y que verificada la operacion volbiesen á él con prontitud.

Si es pasmosa la obediencia de los apóstoles, lo es tambien la de las turbas: siéntanse con la mayor puntualidad y comedimiento fiados en la palabra de Cristo. Ya nadie duda ni desconfia; y la firme confianza manifestada en la pronta y fervorosa obediencia es premiada con un milagroso banquete. Ejecúntase las órdenes y se distribuyen cerca de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Un ejército tan numeroso en otras circunstancias hubiera sido bastante para causar hambre y carestía en el país; y para alimentario solo habia cinco panes y dos peces; pero esto en las manos de Jesús bastaba para sustentar al universo. Patente estaba al Salvador la afanosa sollicitud de sus discípulos, conociendo al mismo tiempo que cuanto mas dificultad hallasen en lo que les ordenaba, tanta mayor facilidad tendrian en comprender la grandeza del milagro.

Colocadas las turbas segun las órdenes de Jesús, levantó sus ojos al cielo para mostrar que necesitaba algun socorro extraordinario de lo alto; dió gracias á su Eterno Padre, de quien habia recibido el poder para obrar una maravilla tan grande como la que iba á ejecu-

[1] Div. Crisostom. Hom. 50 in Math.

tar; bendijo aquellos tan cortos manjares y mandó á los apóstoles que se acercasen, que los fuesen tomando de su presencia y que empezasen á distribuir. Habíalos tocado el Señor con sus manos, y de las suyas pasaban á las de sus discípulos, para que el cansancio de ellos no fuese tan grande, y los iban sirviendo á los diferentes anchos que se habían formado tan puntualmente como se les mandaba. A cada uno daban cuanto quería, y acabado de distribuir lo que llevaban volvían á cargarse de nuevo. No cesaron un punto las manos del Salvador hasta que el último niño de la tropa tomó cuanto del pan y los peces apetecía. Todo el mundo tuvo tiempo y con qué saciarse. Repartió el Señor y saciáronse las turbas; pero es preciso ver que dió gracias á Dios antes de repartir; porque es un beneficio del cielo el poder socorrer á los otros. Ingratos hay aun entre los que reciben; de los que dan son los innumerables. Nace esto de que no tenemos fe para ver cuánto mas gana el limosnero dando que el pobre recibiendo.

¿Pero qué es lo que repartió el Señor? ¿Acaso los panes que le dieron? No, dice san Agustín [1], no son los cinco panes que se le presentaron, sino los que él creó de nuevo; porque en sus manos estaba la omnipotencia, y el que en el principio creó todas las cosas de la nada, bien hubiera podido en el desierto crear otros panes nuevos multiplicándolos hasta lo infinito si hubiese querido. ¿Qué dirán á esto los desconfiados que dudan de la providencia omnipotente de Dios? ¿Qué todos aquellos que niegan la divinidad de Jesucristo y no quieren poner en sus manos sus negocios? Poder tienen y misericordia; no hay pues por qué desconfiar de él. Multiplicó los panes y los peces, dice el Crisóstomo [2], para demostrar que era tan Señor de la tierra como de los mares, y que mandaba en uno y otro elemento; y los partió, y partiéndolos los multiplicó, y multiplicados los dió á sus discípulos para que los repartiesen, en señal de que los bienes temporales se dan á los prelados para que los repartan á los pobres. Bendijo y multiplicó los panes y los peces para que todos no solo comiesen hasta la hartura, sino que sobrasen muchos mendrugos.

[1] Div. August. in Joann. cap. 6. Tract. 24.

[2] Div. Crisostom. Hom. 50 in Math.

Después de esto mandó el Señor que recogiesen las sobras, pues no hay nunca razon para dejar que se pierda cosa alguna: en verdad, ninguna cosa merecia recogerse con mayor veneracion y respeto que aquellas sobras milagrosas. Los apóstoles cumplieron inmediatamente la orden de Jesús, recorrieron la llanura y llenaron doce grandes canastas de fragmentos, cada uno la suya, para que llevándola sobre sus propios hombros se manifestase mas grande á vista de todos el milagro. Grande hubiera sido saciando mas de cinco mil personas con solo los cinco panes y dos peces; pero las sobras le hicieron mucho mayor, porque fué mas lo que sobró después de hartos que lo que tenían antes de comer [1]. Estas maravillas las obra muchas veces la caridad, multiplicando muchísimas las dadas en manos del limosnero: por esto la santa y verdadera caridad siempre cuenta con la providencia de Dios; ni la espantan los muchos y diversos pobres ni las graves y urgentes necesidades, y así merece ser consolada muchas veces con los milagros invisibles de la asistencia del Señor, y algunas con los visibles. Tambien aquí condena la Majestad divina á los que abusan de sus bienes, dejando perder lo que guardado y aprovechado pudiera servir á los pobres, en lo que se demuestra hasta dónde llega la licencia de aprovecharse cada uno de lo que Dios le concede, que es hasta socorrer la propia necesidad; y lo que de allí sobre lo destina Dios para otros.

Era preciso que aquellos hombres hubiesen estado enteramente ciegos ó poseidos de la estupidez y de la ingratitud mas monstruosa, para que un milagro de aquella naturaleza y tan diferente de los que Cristo hasta entonces habia obrado, no tuviese grandes consecuencias, á las que si el Salvador no hubiese puesto orden, hubieran sido muy contrarias á sus humildes y pacíficas intenciones. No dudaban ya los pueblos que el que tan milagrosamente les habia alimentado era el Cristo prometido, aquel Profeta grande que habia de venir al mundo, y á quien todos ellos esperaban; y formando una comparacion entre la multiplicacion hecha por Eliseo y la que acababan de ver, teniéndola por infinitamente mayor, decían: *Este es el verdadero Profeta*: á lo que añade san Agustín [2]: *Este es el Sa-*

[1] Theophilact. in cap. 9. Lucæ.

[2] Div. August. Tract. 24 in Joann.

ñor y Dios de los profetas, á quien todos los demás anunciaron, que vino al mundo para salvarle. Este es el Cristo prometido en la ley como Profeta mas excelso y glorioso que todos los demás; y así fué que visto el milagro, el pueblo le reconoció y confesó; mas falsamente persuadido que Cristo habia de llevar la corona de Israel para restituirla á su antiguo esplendor, tomaron la resolucion de reconocerle y proclamarle por rey.

Después de haber incurrido en este primer error, cayeron en otro mucho mas degradante y grosero. Creyeron que aquel gran rey no queria sentarse en su trono por su propia virtud y poder, sino que convenia á su mayor gloria que sus mismos vasallos le subiesen á él con festivas aclamaciones, rindiéndole homenajes, con los que no dudaban se aumentaria su reputacion y crédito, y atraeria á sí todos los verdaderos hijos de Jacob; y protegido de Dios como lo estaba, haria valer sus derechos sobre todos los de los usurpadores, y les haria la nacion mas temida y respetada de todo el universo. Así preocupados, formaron su plan y convinieron en ejecutarlo, teniéndole secreto hasta que se le presentase una coyuntura favorable.

¿Cómo se conoce que estaban los hombres enteramente ciegos! A no haberlo estado, ¿cómo podian imaginar habian de ocultarse los secretos de su corazon á aquel que tanta virtud y poder tenia? Jesús no ignoraba sus pensamientos ni el modo de desconcertarlos; pero no queria que sus discípulos llegasen á conocer el plan de las turbas, porque no hallándose aun suficientemente ilustrados ni con bastante fortaleza para resistir á la tentacion de ver sobre su cabeza la corona de Israel, era muy de temer que cayesen en el lazo si hubiesen llegado á entender el proyecto; por lo que dice san Marcos [1]: Que inmediatamente obligó á sus discípulos á subir en la barca para que pasasen antes que él al otro lado del lago hácia Bethsayda, mientras él despedia al pueblo, y que no fuesen con inquietud ni cuidado alguno por lo que miraba á su persona. San Mateo [2] y san Marcos usan casi de la misma frase cuando dan la noticia de que Jesús mandó en esta ocasion á sus apóstoles

[1] Marc. cap. 6, v. 45. Coegit.

[2] Math. cap. 14, v. 22. Compulit.

á que repasasen inmediatamente el lago. El primero dice, *les compelió*. El segundo, *les obligó á la fuerza*: lo que indica la dificultad que aquellos tenian de separarse de su Maestro; pero aunque era ya muy tarde les fué preciso obedecer, y hasta después de su partida no fué Jesús á dar orden á los galileos, para que dividiéndose por familias fuesen á buscar donde pasar la noche en las aldeas y lugares vecinos. Aquí se vió cuán grande era el ascendiente que el Señor tenia sobre ellos; pues á pesar de ser muy entrada la noche, á pesar de estar firmes en su pensamiento de proclamarle rey, y aun asaltados de la idea de ponerle en ejecucion sin perder tiempo, viendo que el Salvador estaba solo, obedecieron su orden y abandonaron por entonces su designio. Jesús mientras tanto se desprendió de ellos y huyó solo al monte, donde permaneció en oracion una gran parte de la noche.

¿Cuán grandes y dignas de la atencion del cristiano son las consideraciones que naturalmente se desprenden de este pasaje del Evangelio! Acreditáronse en esta ocasion los judíos que seguian á Cristo, de gente carnal, pues les estimuló mas el milagro que obró en ella para matarles el hambre, que cuantos le habian visto obrar en otras muchas; en los que se acreditaba y justificaba su poder sobre el infierno y la muerte: preferian los beneficios del cuerpo á los del alma; por eso sus alabanzas no nacian en ellos de viva fe ni del fondo de su corazon, y así estuvieron siempre muy poco tiempo en su boca. Un dia le llamaron profeta, luego adulador, mas adelante seductor y reo de muerte. ¡Oh! ¿cuántos imitadores tienen los judíos carnales entre los cristianos! Hoy bendicen muchos á Dios porque los llena de dones; pero si mañana los cambia en trabajos, tambien ellos truecan las alabanzas en duras y pesadas blasfemias. ¡Oh! ¿cuán pocos son los que exclamen y digan con el Crisóstomo [1]: ¿Qué dire? ¿qué hablaré? Bendito sea Dios, dije cuando salí á mi destierro: bendito sea Dios, digo ahora que vuelvo de él; y puesto allí, nunca esta palabra se me cayó de la boca! Diversas son las causas de proferirla, pero una es siempre la glorificacion del Señor. ¿Cuán pocos los imitadores de Tobías y de Job!

[1] Div. Crisostom. Hom. 12, post redit. exil.

Aclamáronle profeta, pero con un conocimiento cierto y fundado en los milagros que le veían obrar, de que era el Profeta verdadero prometido en la ley [1], el esperado, el suspirado y deseado de los antiguos patriarcas, el Hijo de Dios que había venido á ser el gran Profeta de la nueva ley [2], que el Padre nos envió para que le oyésemos [3], porque es su palabra viva, eterna y eficaz, y con todo, ellos no le oyeron; y aun cuando les llenaba de gracias y derramaba con profusion sobre ellos sus misericordias, le persiguieron, le apedrearon, lo arrojaron de sus ciudades, y nunca cesaron de maquinár contra su persona; pero si le crucificaron por satisfacer su negro é implacable odio, también el esterminio y la desolacion del pueblo judaico fueron una muestra de la severidad con que Dios castiga al que no oye ese gran Profeta [4]. Querian proclamarle rey, no porque consultasen la mayor gloria de Dios, sino su propia conveniencia, su bienestar y engrandecimiento, porque querian sacudir el yugo de la extraña dominacion que sobre ellos pesaba, y no advertían que el que tenía un poder tan grande como el que acababa de manifestar, no necesitaba ni su eleccion, ni sus aclamaciones; porque era rey desde la eternidad, constituido por su Padre sobre los muros de la Santa Sion para predicar su ley [5]. Rey era, rey suyo, y rey que había de reinar sobre ellos; pero que fué perseguido en su infancia porque otros reyes le buscaron como rey, y como tal le adoraron. Y ellos mismos clamaron para que se borrara ese título del cetro de la cruz, donde se mandó inscribir *Rey de los judios*; y como Jesús nada de esto ignoraba, y todo lo veía y conocía, por eso burló con la huida los antojos de aquel pueblo, siempre ingrato, desleal y fementido.

Querian hacerlo rey, dice el venerable Beda [6], porque le conceptuaron omnipotente y piadoso visto el milagro que acababa de obrar; y los pueblos quieren siempre tener un rey piadoso para gobernarles, poderoso para defenderles. Y el Crisóstomo añade [7]:

[1] Deuteronom. c. 18, v. 18.

[2] S. Ignatius M. Ep. ad Antioch.

[3] Actior. c. 3, v. 22.

[4] Ibid. cap. 23.

[5] Ps. 16, v. 6.

[6] Veni. Bed. in cap. 9 Lucar.

[7] Div. Crisostom. Hom. 50 in Math.

Querian proclamarle rey, porque juzgaban que en los dias de su reinado vivirían una vida epulona, ociosa y alegre, sin tener que dedicarse á ninguna clase de trabajo; y conociendo el Señor sus intenciones, y no pudiendo consentir que ni aun por poco tiempo abigasen estos pensamientos de holganza y golosina, huyó de ellos. Huyó, porque no debía recibir ninguna dignidad ni poder de los hombres el que es infinitamente mas digno que todas las naturalezas ó inteligencias creadas, y el que tiene poder sobre todas las potestades del cielo, de la tierra y del abismo, por cuya razon al solo pronunciar su nombre, todas se prosternan y humillan. Huyó, para enseñarnos á huir las horas, las riquezas y la pompa mundana, y para que aprendiésemos que con la huida se vencen las pasiones, y se sujetan y enfrenan todos los caprichos de la concupiscencia. Huyó, cuando le buscaban para hacerle rey, y se ofreció de buena voluntad cuando le buscaron para crucificarle. ¡Oh ejemplo digno de la admiracion de los ángeles y de los hombres! ¡Cuándo le imitarán los que viven en la tierra, ya que tiene tantos admiradores en el cielo!

Si la huida nos admira, no debe asombrarnos menos el lugar donde huye y la ocupacion que emprende. Huye al monte y huye para orar. Después de las pláticas y sermones ó de cualquiera otra obra buena que nos pueda merecer aplausos, es preciso huir de los tumultos y concurrencias grandes, y retirarnos á un lugar solitario para llorar y borrar con lágrimas las manchas que se contraen con las conversaciones mundanas, y para dar á Dios la gloria y consagrarle los provechos espirituales que para nosotros hubiésemos adquirido y logrado para nuestros prójimos. Debemos subir al monte por la oracion, para llegar á la cumbre de la contemplacion; y al orar, nuestro corazon debe desprenderse de todos los afectos de la tierra, porque el que ora preocupado con ellos, viles súplicas envía á Dios. Antes estaba el Señor con sus discípulos á la cumbre del monte: para alimentar las turbas espiritual y corporalmente bajó á la llanura; mas apenas hubo cumplido su ministerio, al monte se retiró otra vez. El hombre dedicado á los ministerios santos, ni siempre debe estar solo ni siempre debe hallarse entre la muchedumbre, sino que debe hacer lo uno y lo otro, atendiendo á la propia y á la ajena

santificación. El Maestro se afige y mortifica, consume largas vigili-
as y noches enteras en la oracion, humillándose á la presencia
de su Padre é intercediendo como buen Pastor por la salud de sus
ovejas. Ora, no por sí, sino por nosotros, como nuestro abogado y
mediador para con su Padre. Ora, para enseñarnos con su ejemplo
y confirmar con él la doctrina de la oracion que tantas y tan repe-
tidas veces nos inculca. Oremos pues, porque es deber nuestro se-
guir la doctrina y los ejemplos de tan divino Maestro. Oremos, pa-
ra crecer en el conocimiento y en el amor de Dios, porque solo así
nuestra alma desmembrada y vacía de virtud, tomará aliento para
imitarle en lo que hizo y padeció por nosotros: solo así no morirá
nuestra alma de hambre, porque alimentada con la oracion, que es
la mesa de los santos, tendrá toda su refeccion en el que es la glo-
ria del cielo, la paz del corazon, la alegría de los justos, la satisfac-
cion única y completa; la fortaleza, la verdad y la vida eterna.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, sol eterno de justicia que alumbra los que
están ciegos por la culpa y sentados en el umbral de la muerte y
de la condenacion eterna: ilumina con tu gracia los ojos de mi en-
tendimiento, para que desde el cielo de las mundanales ambicio-
nes, de las delicias de la carne y del amor de las riquezas terrenas,
se levante hácia ti, y despreciando los deleites de la sensualidad y
la posesion de los gozes temporales, merezca hartarse con la refe-
cion de los cinco panes y dos peces espirituales, á saber, el temor
del juicio divino, el horror del pecado, el dolor de contricion, la en-
terezza de la confesion y el trabajo de la satisfaccion. Y el deseo
de mudar de vida y aprovechar mas en la carrera de la virtud,
cuyos panes y peces conserva solo la santa humildad, que es la que
nos merece la gracia y la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el VI de san
Juan, desde el versículo 1 al 15. En el IX de san Lucas, desde el
versículo 10 al 17. En el VI de san Marcos, desde el versículo 31
hasta el 46 y en el XIV de san Mateo, desde el versículo 13 al
23, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Juan como propio de la misa de
la Dominica cuarta de cuaresma; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

San Juan, cap. VI, vs. 1 al 15.

En aquel tiempo se fué Jesús al otro lado del mar de Galilea, que
es el lago de Tiberiades, y le seguía gran muchedumbre de gente,
porque veían los milagros que obraba con los enfermos. Subió pues
Jesús á un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Acercábase
ya la Pascua, que era la gran fiesta de los judíos. Habiendo pues
Jesús levantado los ojos y visto la gran multitud de gentes que ha-
bia acudido á él, dijo á Felipe. ¿Dónde compraremos pan para dar
de comer á toda esa gente. Mas esto lo decía para probarle, porque
bien sabía él mismo lo que había de hacer. Respondióle Felipe:
Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos
tome un bocado. Dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano
de Simon Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de
cebada y dos peces; mas ¿qué es esto para tanta gente? Dijo enton-
ces Jesús: Haced sentar estas gentes. El sitio estaba cubierto de
yerba. Recostáronse pues al pié de cinco mil hombres. Jesús to-
mó entonces los panes, y después de haber dado gracias á su Eter-
no Padre, repartílos por medio de sus discípulos á los que estaban
recostados; asimismo de los peces á cada uno cuanto quería. Des-
pués que quedaron satisfechos, dijo á sus discípulos: Recoged los
mendrugos que han sobrado para que no se pierdan. Recogieron-
los y llenaron doce esportones de los mendrugos que sobraron de
los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido. Ha-
biendo visto aquellos hombres lo que Jesús había hecho, decían:
Verdaderamente que este es el Profeta que ha de venir al mun-
do. Mas habiendo conocido Jesús que habian de venir para llevar-
selo y hacerle rey, huyó otra vez al monte él solo.

